

GALERIA
ENRIQUE
GUERRERO

MAURO PIVA

Iniciada en 1999, la trayectoria artística de Mauro Piva exhibe pocas inflexiones a lo largo de los años. Evidencia, al contrario, un crecimiento global de un repertorio conciso de temas, una ampliación, solamente la necesaria, de las técnicas utilizadas y un rechazo constante a la argumentación estridente, creando un espacio en el que el encanto visual y la reflexión crítica se confunden tranquilamente. Es, sin embargo, el mantenimiento de ese foco austero lo que precisamente hace de sus dibujos y pinturas un cuerpo coherente y maduro de invención visual.

Ya desde los primeros dibujos expuestos, queda clara la delimitación del campo de asuntos que al artista le interesa discutir. Figuras humanas solitarias o en parejas, se esbozan a menudo, en su totalidad o fragmentadas, como si no fuera posible reconocerlas en su conjunto. Incluso, cuando las dibuja íntegras, estas figuras carecen de rasgos en sus rostros, y por tanto, de las expresiones faciales que la singularizan. Además, están inmersas en ambientes que están solo esbozados, en un fragmento reducido de fondos blancos que evocan paisajes desiertos, o más frecuentemente, a interiores domésticos como dormitorios, baños o salas de estar. Mauro Piva define el género de sus figuras a través de los matices de líneas y el color de la ropa (limitada ésta a vaqueros y camisetas): el hombre es representado con hombros más anchos y su ropa es de tonos marrones, mientras que las mujeres dejan entrever indicios de pechos bajo sus blusas y el color que se utiliza es el gris. Junta a la pequeña dimensión de las obras -en una escala que requiere del espectador una proximidad casi táctil- esta reducción cromática le invita a recorrer lenta y fijamente la superficie del papel para reconocer lo que en él se ha inscrito.

La sustitución de la rigidez y la opacidad de los dibujos en acuarela, tinta y lápiz, por la maleabilidad y el brillo de las pinturas al óleo, permiten a Mauro Piva reafirmar el realismo sugerido por la escala humana adoptada en las pinturas. Desprovistas de la atmósfera melancólica y onírica incrustada en la dimensión intimista, y la escasa

GALERIA
ENRIQUE
GUERRERO

materialidad de los dibujos, sus pinturas poseen una confiabilidad descriptiva que las acerca a la exactitud fotográfica. La relación entre el observador y la obra es, por lo tanto, alterada, pasando del escrutinio lento y distante que propician los dibujos, a la confrontación inmediata y próxima de la imagen ampliada que expone la pintura. En términos de una genealogía pictórica, la forma arbitraria en la que Mauro Piva encuadra las imágenes y presenta un cuerpo en partes, así como la definición precisa con la que crea las figuras y la ropa que llevan, parecen ser las referencias formales de la escuela de pintura holandesa que enfatiza en la fragmentación de las superficies pintadas, al tiempo que valora la legibilidad de lo que en ellas se representa. Sin embargo, la exposición de los rostros en una escala natural, sin rastro de individualidad, o de figuras que han sido seccionados, por no caber enteras en las dimensiones elegidas para el soporte, se contradice con esa noción de aproximación mimética que el artista supuestamente promueve con su pintura, causando más incomodidad en el espectador que una identificación de lo mostrado.

Más erótica que lírica, más ácida que humorística, más tensa que serena, la pintura de Mauro Piva es la evolución coherente de una producción que ha demostrado cuán extenso y accidentado puede ser el terreno del deseo en la vida cotidiana. Oblicuamente relacionadas con los dibujos realizados al inicio de su trayectoria, estas pinturas se incorporan al inventario de situaciones afectivas que el artista observa y describe visualmente, y que sólo se pueden registrar a través de la pintura.

Fragmentos del texto "Inventario de gestos"

de Moacir dos Anjos. Catálogo Galería Fortes Vilaça.